



La doble vida de Jesús, de Enrique Serna. Mutaciones del poder y el erotismo

León Guillermo Gutiérrez¹

Resumen. En este trabajo se pretende hacer un análisis de la forma en que el erotismo y el poder, en sus diversas vertientes y complejidades, se presentan en un entretreído del cual no se pueden separar el uno del otro, a través de la novela de Enrique Serna, *La doble vida de Jesús*.

Palabras clave: erotismo; poder; Enrique Serna.

[en] *La doble vida de Jesús*, of Enrique Serna. Mutations of power and eroticism

Abstract. The aim of this work is to analyse the way in which eroticism and power, in its various aspects and complexities, are presented in a web of which they cannot be separated from each other, through the novel by Enrique Serna, *La doble vida de Jesús*.

Keywords: eroticism; power; Enrique Serna.

Cómo citar: Gutiérrez, L. G. (2017) *La doble vida de Jesús*, de Enrique Serna. Mutaciones del poder y el erotismo, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46, 325-333.

México entró al presente milenio de la mano del narcotráfico e inmerso en una corrupción de niveles insólitos. Los actores principales han sido, por un lado, todos los órdenes de gobierno, encabezados por el presidente de la República en turno, y por el otro, los numerosos cárteles del crimen organizado. En medio se encuentra la población del país que ha sido, en última instancia, la víctima de las dos lacras lacerantes que se han arraigado a lo largo del territorio nacional. El periodo más significativo fue bajo el mandato del presidente Felipe Calderón, quien impulsó una lucha sin precedentes en contra de los cárteles. El resultado no sólo fue infructuoso, sino que dejó más de 121 mil muertes violentas en la llamada narcoguerra. De esta situación emergió el subgénero de la narcoliteratura, cuyo concepto aún se encuentra en discusión. Lo cierto es el cultivo de novelas que, de una u otra forma, sitúan la trama en la compleja problemática del narcotráfico y sus repercusiones. La lista de autores y obras ya es considerable, aunque, sin duda, Élmer Mendoza es el principal exponente en México.

Por su parte, Enrique Serna, autor de novelas, cuentos y ensayos de importancia en la literatura mexicana, sucumbió a la inmediatez del hecho histórico y, como

¹ Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México.
E-mail: leongg@prodigy.net.mx

producto de la imaginación, propia del carácter narrativo, escribió *La doble vida de Jesús* (Alfaguara, 2014). Novela donde se ponen en juego los elementos del poder y el erotismo, mismos que se convierten en los hilos conductores de la narración.

En este trabajo se pretende hacer un análisis de la forma en que el erotismo y el poder, en sus diversas vertientes y complejidades, se presentan en un entretreído del cual no se pueden separar el uno del otro. Iniciaremos con una aproximación a los conceptos de poder y erotismo, para estar en posibilidades de escudriñar la forma en que ambos se presentan como fuerzas tan potentes que hacen imposible que los personajes se sustraigan a sus efectos embriagantes, y también devastadores.

Tanto el poder como el erotismo se remontan a los orígenes mismos de la humanidad. Y tal vez, en algunos casos, sean indisolubles. No es difícil imaginar la competencia por el ejercicio del dominio sexual o por la mejor parte de la presa cazada. Desde un inicio, la manifestación del poder se dio como la fuerza física o intelectual, entendida esta última como un acto de inteligencia, que se impone sobre otro hombre o sobre una comunidad. Ya Platón, en su diálogo *Gorgias o de la retórica*, nos muestra cómo Calicles defiende la ley natural del más fuerte, al señalar que: “Las leyes han sido el invento de los más débiles para oponerse al dominio de los fuertes” (Platón 557). Lo anterior nos hace suponer que la lucha por el ejercicio del poder en todas las civilizaciones trajo consigo el establecimiento de las leyes que, si bien, en un principio pertenecen al derecho consuetudinario, no por eso dejaban de aplicarse. Es tal la fuerza y la importancia del poder como parte de la existencia humana que, desde tempranas épocas, los filósofos griegos se ocuparon de él. El poder está intrínsecamente ligado a las formas de gobierno, de ahí que Platón, en la *República*, desarrolle toda una teoría de lo que debe ser el Estado, la justicia y el poder. No deja duda que quien gobierna debe atender, no a su interés propio, sino al interés de los gobernados. Tampoco escapa a Platón el tema de la corrupción. En la misma *República*, en el diálogo con Glaucón, cuenta la historia de Gíges, quien siendo pastor llegó a ser rey y dejó de ser un hombre justo y se corrompió al poseer la riqueza (Xirau 62). Para Platón todo gobernante debe saber el arte de gobernar o, en caso contrario, llevaría al desastre al Estado y a sus ciudadanos.

El primer filósofo sistemático fue Aristóteles, verdadero estudioso de las formas de gobierno, quien señala las formas negativas y los tipos de corrupción de las mismas. Para Aristóteles, “La moral individual es inseparable de la vida política” (Xirau 80). Considera la virtud como la máxima expresión de la realización de las mejores acciones para servir a la comunidad. En su libro *Política*, inicia diciendo: “Toda ciudad se ofrece a nuestros ojos como una comunidad; y toda comunidad se constituye a su vez en vista de algún bien (ya que todos hacen cuanto hacen en vista de lo que estiman ser un bien)” (Aristóteles 157).

La preocupación, tanto de Platón como de Aristóteles, sobre las ideas de Estado, gobierno y política, nos muestra que la vida en sociedad, y sus diversas formas de regular su convivencia bajo sistemas de gobierno, se debe establecer bajo los principios fundamentales del bien común y la virtud individual. Al reflexionar sobre los trabajos de los dos filósofos en estos temas, llegamos a la conclusión de que partieron de una realidad irrefutable, la diferencia de intereses de los individuos, en quienes predomina el interés propio, para lo cual es necesario

frenarlo con leyes que hagan preponderante el bien común. Lo mismo ocurre con la virtud. Si es el atributo con el que debe contar el gobernante, lo es en razón de tratar de impedir que se gobierne sin esta premisa, porque se reconoce que la mayoría carece de virtud y del conocimiento del arte de gobernar.

Sin duda, se considera a Nicolás Maquiavelo como el fundador de la ciencia política moderna, y también es quien otorga la autonomía de la política al establecerla como un objeto de estudio. El poder se convierte así en centro de análisis y estudio en su obra cumbre: *El Príncipe* (1513). Ya en el primer capítulo manifiesta que: “Todos los Estados rigen la vida de los hombres” (35), y al hablar de los Estados, señala que: “se les puede conquistar con las armas de otros o con las propias, con la suerte o con la virtud” (35). Sin duda, han pasado muchos años desde los filósofos griegos hasta el inicio del siglo XVI, y es otra la complejidad del poder público, en medio de luchas, conspiraciones, traiciones; el debate entre la moral y la religión. Bajo estas nuevas circunstancias, Maquiavelo aísla el poder para establecer una teoría de cómo se deben gobernar los Estados. Para Judit Ribas: “es uno de los primeros teóricos que han procurado desenmascarar las construcciones ideológicas que suelen acompañar al uso del poder público” (2); más adelante, escribe: “El escándalo que produce Maquiavelo es debido a su falta de pudor al hablar de la violencia con nombre y apellidos: crímenes, venganzas, robos de patrimonio, todos ellos son parte real de la vida política” (5).

De esta forma, vemos cómo el ejercicio del poder público está sujeto a las leyes propias de la política, misma que los gobernantes deben ejercitar para la conservación del poder en aras del bien del Estado.

Es larga la lista de quienes han dedicado verdaderos análisis y tratados al estudio del poder, entre ellos se destacan: Friedrich Nietzsche, Max Weber, Alfred Adler y, recientemente, Michael Foucault. El diccionario de la Real Academia Española, de manera sucinta, define el poder como: “Dominio, imperio, facultad y jurisdicción que uno tiene para mandar o ejecutar una cosa”. De suerte que el poder siempre se tratará de una fuerza (legítima o no) que se ejerce con el objetivo de implantar una autoridad, ya sea sobre un individuo o una comunidad.

Sobre el erotismo podemos decir que los estudios fundamentales se dan en el siglo XX, iniciando con *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905) de Sigmund Freud, a los que les seguirán los trabajos de Georges Bataille y Michael Foucault. Es Bataille, quien en su prólogo a *El Erotismo* (1957), escribe: “El espíritu humano está expuesto a los requerimientos más sorprendentes. Constantemente se da miedo a sí mismo. Sus movimientos eróticos le aterrorizan” (11). Y más adelante: “El terreno del erotismo es esencialmente el terreno de la violencia” (21). Con estas premisas podemos darnos una idea de la potencia del erotismo en el individuo, primero al señalar que el movimiento erótico causa terror, entendido éste como un sentimiento en el cual el miedo impide pensar racionalmente; y segundo, al establecer el dominio de la violencia en el erotismo. De esta forma, terror y violencia se convierten en partes intrínsecas del erotismo. Terror porque el erotismo surge de una fuerza que impele al individuo a que emerjan las pulsiones de “los requerimientos más sorprendentes”, y violencia porque: “Toda operación del erotismo tiene como fin alcanzar al ser en lo más íntimo, hasta el punto del desfallecimiento” (21). Pero el mismo Bataille nos dice que la actividad erótica no

siempre posee un aspecto negativo, ya que esa misma resquebrajadura, propia de la sensualidad humana, impulsa al placer (111).

No es el caso glosar la obra del pensador francés, sólo bástenos agregar dos consideraciones más sobre el erotismo. En una frase, Bataille condensa su importancia y complejidad: “El erotismo es uno de los aspectos de la vida interior del hombre” (33), y luego lo define: “El erotismo es un desequilibrio en el cual el ser se cuestiona a sí mismo, conscientemente” (35). Bataille pone las cartas sobre la mesa, descubre que este aspecto de la vida humana no sólo pertenece al mundo interior, sino que es tal su fuerza y violencia que crea un desequilibrio; pero, claro, todo en aras del placer que causa lo que él llama el erotismo de los cuerpos. No hay que olvidar que el mundo del erotismo está íntimamente ligado al de las prohibiciones y transgresiones. Y respecto de la violencia en la sexualidad, Bataille sentencia: “La violencia que da pavor pero que fascina” (55). Esta fascinación lo es porque el erotismo, como bien dice Octavio Paz: “Es nuestra ración de paraíso” (28).

Enrique Serna pertenece a la saga de autores cuya escritura tiende a explorar y a develar las múltiples realidades mexicanas. Preocupaciones que lo vinculan, entre otros, con Octavio Paz, José Revueltas, Carlos Fuentes y Jorge Ibargüengoitia. De lo anterior, dan cuenta los títulos: *El miedo a los animales* (1995), *El seductor de la patria* (1999), *Ángeles del abismo* (2004) y, su último libro, *La doble vida de Jesús* (2014). El autor, en esta ocasión, se vale de un narrador en tercera persona, que sólo tiene acceso a la conciencia del protagonista, para introducirnos en un mundo tan cercano que nos roza la piel. La escenografía es la ciudad de Cuernavaca y el argumento aparente son las elecciones a la alcaldía de la ciudad. Por los datos, inferimos que es el año 2009, ya que está próxima la celebración del bicentenario de la Independencia.

La acción comienza cuando Jesús Pastrana (43 años), padre de dos hijos, Maribel y Juan Pablo, cuya vida conyugal está llena de hastío, y quien funge como síndico del Ayuntamiento de Cuernavaca y es militante del Partido de Acción Democrática, desde hace veinte años, al ser ferviente creyente de la legalidad y la honradez, decide postularse como candidato a la alcaldía de la ciudad. El único propósito que lo motiva es devolver el estado de derecho en el momento que la corrupción de servidores públicos y las acciones del crimen organizado han alcanzado un escenario nunca antes visto. En la novela, el pan de cada día en Cuernavaca es el narcotráfico, el lavado de dinero, los secuestros, las extorsiones, los homicidios, los que aparecen colgados de los puentes, resultado de la violenta disputa entre los cárteles de los Tecuanes y los Culebros, ambos infiltrados en todos los poderes y órganos de gobierno.

Las actuaciones de Pastrana, encaminadas a alcanzar la postulación, se van a entrelazar con otras, hasta ahora insospechadas para el protagonista. Una noche, los impulsos soterrados desde la adolescencia afloran. En la avenida Cuauhnáhuac (lugar donde se prostituyen, principalmente, travestis) conoce a Leslie, con quien recorre caminos terregosos y también sábanas de seda.

Como el dios Jano, con sus dos perfiles, Jesús Pastrana posee dos mitades: una fija en el horizonte de la política y la otra en la del erotismo. La escisión parece ser parte de nuestra naturaleza humana. Foucault señala que: “El sujeto está dividido tanto en su interior como dividido de los otros” (3). En la novela, poder y

sexualidad forman un tejido inextricable, lo cual no es novedad. El caso de la historia más célebre es el de Julio César y Cleopatra. Por todos son conocidos los enredos de alcoba y poder en el transcurso de la historia del mundo. Pero, en el caso de Serna, es la originalidad con que presenta una realidad que parece traspasar las páginas. Hay momentos en que no se sabe si se está leyendo una crónica periodística, un expediente judicial o, simplemente, se está escuchando una plática de sobremesa. La hiperrealidad se apodera del texto.

No cabe duda que el común denominador de la política y el erotismo es el poder, y éste no es otra cosa que el ansia de dominación; lo que nos lleva a los instintos humanos. George Bataille, hablando del hombre de Neandertal, dice que: “las conductas humanas fundamentales –trabajo, conciencia de la muerte, sexualidad contenida– se remontan a ese mismo periodo remoto” (34-35). Pero, claro, no todas las épocas son iguales, aunque en todas se han regulado las prácticas sexuales y la vida en conjunto, a través de normas sociales y de poder. Lo anterior deviene en una reflexión a partir de la sentencia de Dickens: “cuidate de la ignorancia y de la pobreza”. Porque, en el intrincado mundo del poder y del erotismo que nos presenta Serna, son actores de primer orden seres cuyo origen se da en la carencia y la falta de educación. El Tecuán mayor, líder del cártel, quien ha amasado una inmensa fortuna, narra su historia, que es como la de tantos otros que han visto en el narcotráfico y el crimen la única posibilidad de salir de la miseria. Quienes día con día se integran a las filas de los cárteles o grupos criminales, en su mayoría, emergen de la precariedad y de la ignorancia.

La novela de Serna, como cualquier otra, tiene múltiples lecturas y está llena de aristas. En este trabajo analizaremos cómo los mecanismos de poder y de erotismo hacen del sujeto un ser en constante mutación. Uno de los grandes logros de la novela es el desarrollo de sus protagonistas, quienes se ven envueltos en una vorágine de sucesos externos y conflictos interiores que los llevan a vivir experiencias límites.

Iniciamos con el concepto de poder, desde la perspectiva de Michel Foucault, quien afirma que: “En tanto el sujeto se encuentra en relaciones de producción y significación, se encontraría igualmente en relaciones de poder, las cuales son a su vez sumamente complejas” (3). En el caso de *La doble vida de Jesús*, a través de Jesús Pastrana nos introducimos en la lucha por el poder en el microcosmos de la ciudad de Cuernavaca. Jesús, hombre probo, quien desea un verdadero cambio en la forma de gobernar, desde la alcaldía, y busca la postulación de su partido por méritos propios, no tiene la menor idea de la guerra que va a emprender ni de quiénes son sus verdaderos enemigos, ya que los adversarios naturales son los otros posibles candidatos. Una democracia donde los ciudadanos eligen libremente a sus gobernantes y éstos gobiernan en aras del bien común, en este caso, es una utopía. En el camino de los entresijos de la “política” local, el personaje irá descubriendo una red de complicidades muy ajenas al propósito de dotar de seguridad y bienestar a los ciudadanos. Algo nada extraño, como lo define Foucault: “La mayor parte del tiempo el Estado es percibido como un tipo de poder político que ignora a los individuos, que mira sólo a los intereses de la totalidad, yo diría, de una clase o de un grupo de ciudadanos” (8). Pero, en la novela, resulta que la clase o grupo de ciudadanos no son otra cosa que dos cárteles infiltrados en el gobierno estatal y municipal, quienes, a su vez, ostentan el poder y buscan a toda costa imponer a los

gobernantes en turno. Es lógico que para lograr sus fines utilizarán como instrumentos el soborno, la corrupción, la amenaza y la violencia. En una ciudad arrasada por una cruenta lucha que cada día cobra numerosas muertes de criminales y ciudadanos, cabe la pregunta ¿cómo y por qué fue posible? De nuevo Foucault tiene la respuesta: “Es necesaria una conciencia histórica de nuestras circunstancias actuales” (4). En efecto, lo que ha estado sucediendo en Cuernavaca, no se dio de un día para otro. No es el caso hacer “historia”, baste con decir que es una de las ciudades mexicanas y México es un país asolado por el narcotráfico desde hace décadas. La particularidad de la ciudad, su vegetación exuberante y clima primaveral, es ser un lugar legendario de veraneo donde, desde hace muchos lustros, extranjeros y nacionales han construido residencias millonarias. Razones por las cuales los capos de la mafia asentaron sus domicilios en la ciudad, bajo la mirada disimulada y sobornada de las autoridades. Por otro lado, tenemos que el estado de Morelos, estratégicamente ubicado dada su cercanía con la ciudad de México, cuenta con una población mayoritariamente indígena y mestiza pobre, con un nivel educativo bajo, destinada a labores de mano de obra y servidumbre. Además, colinda con el estado de Guerrero, considerado dentro de los primeros lugares de violencia en México. Estos someros datos, nos pueden dar una idea de la “conciencia histórica y de las circunstancias” de Cuernavaca.

Enrique Serna utiliza a Jesús Pastrana para adentrarnos en los escabrosos laberintos del poder, colmados de pasadizos oscuros, puertas sin salida, muros infranqueables y la siempre latente amenaza de peligro. El poder, también entendido como una fuerza instintiva, nos lleva a cuestionarnos, al igual que el pensador francés, lo siguiente:

¿Quiere decir que uno debe indagar el carácter propio de las relaciones de poder en la violencia que debe haber existido en su forma primitiva, su secreto permanente y su último recurso, el cual en el análisis final aparece como su naturaleza real, en cuanto es forzado a dejar a un lado su máscara y a mostrarse a sí mismo tal cual es? (15).

En efecto, durante el proceso que va de la elección de los precandidatos en el interior del partido a la elección de alcalde, la fuerza y la naturaleza real del poder quedan al descubierto y, sin máscara alguna, la violencia se extrema, devolviéndole su carácter primitivo. En este caso, el condimento particular es la implicación del financiamiento de los cárteles en la lucha política, que despoja a la supuesta democracia y a las instituciones de su careta para revelar al poder tal cual es.

El clímax se alcanza en la escena que parece apocalíptica, en su simbología de sufrimiento y esperanza, de una intervención salvadora, y que ocurre en el mitin convocado por Jesús Pastrana:

En el zócalo se había congregado un pequeño ejército de tres o cuatro mil personas, la mayoría con fusiles y armas cortas; otros, los más pobres, con machetes, palos y tubos. Jesús sintió que ya no era un candidato en campaña, sino un general arengando su tropa. Una veintena de francotiradores apostados en el centro comercial Las Plazas vigilaba que ningún comando se acercara por las calles aledañas, y en las vías de acceso al jardín Juárez, los brigadistas habían

levantado barricadas, por si acaso los Culebros se atrevían a lanzar un ataque. Flotaba en el aire una extraña mezcla de miedo y euforia, semejante, pensó Jesús, a la que debieron sentir los ejércitos zapatistas antes de entrar en batalla (Serna 280).

La complejidad de los mecanismos del poder y su puesta en marcha tienen por objetivo la dominación. En la novela de Serna, los “poderes institucionales” muestran las grietas de su vulnerabilidad y las estrategias emanadas de las leyes de un estado de derecho se ven aplastadas por el manotazo del crimen organizado, quien domina y ejerce el verdadero poder. De esta manera, el protagonista, a través de las escaramuzas a las que se ve expuesto en la contienda electoral, se convierte en el botín anhelado de los Culebros y Tecuanes. La novela es un thriller político, de oscuros matices, donde impera el ansia de poder, mismo que desata los instintos más primitivos, haciendo del sujeto un ser dividido tanto en su interior, como de los otros. De ahí, que al final de la narración y de la campaña electoral, el protagonista afirme: “Eso era antes, cuando no conocía bien la política, ni me conocía bien yo a mí mismo” (297). Porque como señala Michel Foucault: “La problemática del poder, no sólo configura una cuestión teórica sino que es parte de nuestras experiencias” (4). Y sí, la problemática del poder, Serna la presenta como parte de la experiencia cotidiana, enmarcada en un espacio y tiempo delimitados. Lo que le confiere un lugar en la novelística, cuya preocupación es explorar y develar una de las múltiples realidades mexicanas.

Así como el poder, la sexualidad pertenece a los instintos humanos. Todas las sociedades en todas las épocas han regulado las normas de poder y las prácticas sexuales. Como señala Octavio Paz: “El sexo es subversivo: ignora las clases y las jerarquías, las artes y las ciencias, el día y la noche: duerme y sólo despierta para fornicar y volver a dormir” (16). Serna, con habilidad, dibuja en Jesús Pastrana, un hombre en el cual el poder y el erotismo no sólo se dan la mano, se abrazan. Las dos caras del dios Jano se complementan en un rostro, que es la medida de la naturaleza humana.

Si nos atenemos a un orden lineal, podemos decir que la historia la detona la lectura que hace en su juventud Jesús Pastrana, del libro *Demian*, de Hermann Hesse. Para Jesús, “católico y temeroso de Dios” (Serna 39), estudiante del Instituto Loyola; con el arribo y amistad del nuevo alumno, Gabriel Ferrero, adolescente andrógino, extravagante e iconoclasta, “sintió que la irrupción de Gabriel en su escuela, una inquietante correspondencia entre literatura y vida, los convertía en personajes de otra novela escrita por el azar” (39). A Jesús “el libro le estaba sembrando algunas inquietudes existenciales” (39) y, para colmo, un día Gabriel le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca. Jesús, aterrorizado, decide terminar con la amistad. Por respuesta, el amigo le dejó sobre su pupitre un papel con una cita del libro: “Usted tiene miedo a sus deseos y tiene que superar esa situación” (42).

Muchos años después, con la tensión de la campaña electoral y el hastío matrimonial, Jesús decide una noche ir al bulevar Cuauhnáhuac, para encontrar lo que “secretamente anhelaba”. En su oído escucha “el retrato hablado de Max Demian: era ángel y demonio, hombre y mujer en uno, ser humano y animal, bien y mal, virtud y pecado” (57). Entre el “ramillete de travestis”, recargada en un poste

la descubre: “Lleva un short de lentejuela dorada, medias de red, tacones blancos de plataforma y una ombliguera negra con tirantes” (58). El desenfrenado encuentro erótico con Leslie, lo deja satisfecho como nunca. Cobra validez la afirmación de George Bataille: “El espíritu humano está expuesto a los requerimientos más sorprendentes. Constantemente se da miedo a sí mismo. [...] Se trata de que el hombre si puede superar lo que le espanta, puede mirarlo de frente” (11). Al día siguiente, la reacción de Pastrana es sentir una enorme culpabilidad y preguntarse: “¿Prefiero un transexual porque temo asumirme como puto? ¿Me aferro así a una vaga ilusión de virilidad?” (Serna 75). La fuerza del impulso erótico vence la débil resistencia, para iniciar una relación donde los juegos de poder ponen en marcha mecanismos insólitos: deseo, pasión, amor, se convierten en verdaderas estrategias.

En el catálogo de la literatura mexicana de temática gay, nunca antes se había dado voz a un travesti. Por vez primera ocupa un lugar protagónico. Así como Pastrana simboliza a los ciudadanos (escasos) que se incorporan a la política con fines honestos; Leslie representa a seres cuyo destino no elegido la sociedad convierte en arquetipos. Sin posibilidades de acceder a un oficio o una profesión, la prostitución es el reducto asignado. Las consecuencias inevitables son el alcoholismo, la drogadicción y el consecuente oprobio social. La autodenigración hace a estos individuos vulnerables a la agresión y, en muchos casos, a la muerte por asesinato o suicido. Mientras los políticos corruptos de Cuernavaca viven en mansiones ostentosas, Leslie comparte un mísero departamento de interés social en una barriada en la periferia de la ciudad. No obstante, detrás del travestismo, descubre su inteligencia y entereza. Lejos de la sumisión, hace de su diferencia la fuerza que le otorga dignidad, misma que sólo es quebrantada por el deseo y el erotismo.

Leslie, con sus entallados vestidos, tacones altos y rubia cabellera propios de su oficio, deja al descubierto, en un escaparate a la vista de todos, la provocación de transgredir las interdicciones impuestas en una sociedad donde existe una reglamentación (como otra forma de poder), por parte de la Iglesia católica, sobre el uso del cuerpo, y donde toda actividad sexual, fuera del matrimonio y no destinada a la reproducción, es pecado. De ahí la afirmación de Foucault: “La sexualidad nunca ha tenido un sentido más inmediatamente natural y sin duda nunca ha conocido una ‘felicidad de expresión’ tan grande como en el mundo cristiano del pecado y los cuerpos desposeídos de la gracia divina” (1).

Todo poder emana de los instintos del individuo por preservar la existencia, la sobrevivencia y, también, en las sociedades opresoras, por defender la libertad y la dignidad. Indudablemente, Leslie es un ser transgresor de los roles de género exigidos en una sociedad patriarcal, de doble moral. Porque qué hace Leslie, depositaria del arquetipo del travesti, sino evidenciar la alta demanda por parte de los hombres que encubren sus deseos y erotismo detrás de una vida de contención sexual. Bien dice Bataille: “La prohibición que en nosotros se opone a la libertad sexual es general, universal; las prohibiciones particulares son sus aspectos variables” (55).

La novela transita en los sinuosos laberintos de la transgresión. Nada queda incólume. Las acciones políticas y eróticas transgreden las instituciones, la legalidad, la amistad, la familia y la libertad sexual. La transgresión ensucia todo lo

que toca, se apodera del individuo y de la sociedad misma, inmersa en el vértigo de la zozobra ante la brutal violencia a la cual es sometida. Los protagonistas se hallan en medio del fuego cruzado de la erupción y el estallido de una cruenta guerra protagonizada por los cárteles de la muerte y el cáncer de la corrupción. Lo que nos demuestra que, al igual que la naturaleza, el desbordamiento de los instintos humanos es devastador. Para concluir, y parafraseando a Octavio Paz, diremos que en la novela de Enrique Serna, el ansia de poder y el erotismo ignoran las clases y las jerarquías: duermen y sólo despiertan para dominar y volver a dormir.

Referencias bibliográficas

- Aristóteles. *Política*. México: Porrúa, 1976.
- Bataille, Georges. *El erotismo*. México: Tusquets, 2008.
- Bonete Perales, Enrique. *Poder político: límites y corrupción*. Madrid: Cátedra, 2014
- Foucault, Michel, “El sujeto y el poder”. Edición electrónica. Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS.
<https://graceguevara.files.wordpress.com/2013/07/el-sujeto-y-el-poder.pdf>. Consultado el 17 de abril de 2015.
- “Prefacio a la transgresión”. <http://estafeta-gabrielpulecio.blogspot.mx/2010/06/michel-foucault-prefacio-la.html>. Consultado el 17 de abril de 2015.
- Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe*. México: Gandhi, 2014.
- Nietzsche, Federico. *La voluntad del poder*. México: Tomo, 2011.
- Paz, Octavio. *La llama doble. Amor y erotismo*. México: Seix Barral, 1998.
- Platón. *La república*. México: Tomo, 2012.
- Ribas. Judit, “En defensa de Maquiavelo”.
<http://www.uca.edu.sv//chn/c1170/maquiavelo.html> . Consultado el 26 de diciembre de 2015.
- Serna, Enrique. *La doble vida de Jesús*. México: Alfaguara, 2014.
- Xirau, Ramón. *Introducción a la historia de la filosofía*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.